

Foto: Lucy Nieto. flickr.com



Jorge Gastón Gutiérrez Rosete Hernández. Es doctor en Educación por la Universidad La Salle de Costa Rica y por la Universidad Veracruzana. Maestro en Sociología y licenciado en Psicología por la Universidad de Guadalajara. Actualmente es profesor investigador de tiempo completo en la misma casa de estudios. Tiene un sitio en Facebook con el nombre de Jorge Gastón Gutiérrez. El texto publicado aquí pertenece al libro *Sembrar árboles, sembrar conciencias*, editado por el Taller Editorial La Casa del Mago.

Guadalajara

De la ciudad de las rosas, a la ciudad de las losas

Fines del siglo XIX. Por la ciudad de Guadalajara corre el río San Juan de Dios. Su trayectoria es de sur a norte. Por ambos bordes del mismo, la ciudad se ha asentado y crece

De la memoria primordial del bosque

Inicio de la década de los sesenta, es la primera vez que voy con mi familia al interior de un bosque, contiguo a un área urbana, en las cercanías de la ciudad de Guadalajara. Había que atravesar un río. Un río vivo, de agua viva, de peces vivos, de anfibios vivos, de vegetación acuática y riparia viva. Es en el borde de enfrente, cruzando el río, que entonces me encuentro en el interior del bosque. Esta primera incursión infantil se convirtió en una experiencia única y originaria. La fascinación, el misterio, la sensación. El sentir de los sentidos, pero también el sentir de la experiencia profundamente sentida. Los árboles vivos, a mi ver, enormes. La experiencia envolvente, entre esos seres. El bosque en su conjunto, estar dentro de él. El pulso y el ritmo armónico de su respiración. Esa de la inhalación y la exhalación, del murmullo del roce entre los árboles y el viento. El canto y el vuelo de los pájaros, el correr furtivo de la liebre, el salto de la ardilla con su cola esponjosa, el croar de la rana, del sapo, las alas multicolor de la mariposa, la colecta de néctar de la abeja, el aleteo frenético del colibrí. El sonido relajante del correr de las aguas sobre el cauce del río. La textura de las piedras, de los troncos, del pasto y de los múltiples arbustos. El crujir que al andar emiten las hojas y las ramas posadas sobre el suelo. El

juego de luces y sombras que generan las frondas de los árboles entre el sol, el cielo y la tierra. Los olores, los aromas, y los múltiples colores de las flores y del bosque. Vivencia de superficial apariencia pasiva, pero profundamente activa, del fluir de la atención plena, espontánea e ingenua, de ingenio, de experiencia genial y primigenia. Impronta del espíritu del bosque, que marca, que deja huella de por vida, que inspira el presente escrito. Ante ese recuerdo, ahora me pregunto ¿Dónde está ese bosque? ¿A dónde se ha ido?



Dos estampas de la ciudad. Mismo lugar, salto en el tiempo

Fines del siglo XIX. Por la ciudad de Guadalajara corre el río San Juan de Dios. Su trayectoria es de sur a norte. Por ambos bordes del mismo, la ciudad se ha asentado y crece. Del lado oriente se encuentran los barrios de San Juan de Dios y de Analco, de perfil poblacional primordialmente indígena y popular, y del lado poniente, donde el asentamiento originalmente español y criollo, se encuentran las huellas de aires arrogantemente fundacionales y modernos. Río vitalmente relacionado con árboles y bosques, desde su origen proveniente de corrientes del Cerro del Cuatro, así como a lo largo de su cauce alimentado por diversos afluentes, como el Arroyo del Chicalote al

sur y el Arroyo Hondo al norte, ambos provenientes del Bosque de La Primavera, hasta su desembocadura, en caída libre hacia el río Santiago, en la Barranca de Huentitán. A lo que se suma su vegetación, de arbolado predominantemente ripario, a lo largo de su cauce y los conjuntos arbóreos como el propio del lago Agua Azul y el de la Alameda de la ciudad.

Fines de la segunda década del siglo XXI. Por la ciudad de Guadalajara, más bien por la parte central del Área Metropolitana de Guadalajara, corre la Calzada Independencia, sobre lo que en otros tiempos fuera el cauce del río San Juan de Dios, mismo que fue embovedado a inicios del siglo XX y convertido en una enorme alcantarilla que, desde entonces, recoge la mayor parte de las aguas residuales del centro de la gran ciudad, que van a dar a una mínima y aún descubierta fracción del río, hasta su desembocadura, hacia el río Santiago, en la Barranca de Huentitán. Sujeta a la falta de visión y planeación urbana sustentable, a la especulación y el lucro inmobiliario, a la corrupción y el influyentismo, a la negligencia y la ignorancia de quienes han tomado decisiones devastadoras. La relación vital que este río guardaba con árboles y bosques, se ha roto y se ha visto sustituida por la deforestación, la disminución de áreas verdes y el aumento acelerado de edificaciones, avenidas y concreto, a la par de las consecuentes inundaciones y de ineficiencias y crisis de equipamiento y servicios urbanos (agua potable, captación y disposición separada y apropiada de aguas residuales y de aguas de lluvia, movilidad, energía, etcétera).

Retomando los referentes de la primera estampa, al paso del tiempo, contrastan radicalmente las evidencias: el Cerro del Cuatro se ha convertido en un área forestalmente devastada, aceleradamente cubierta por asentamientos de habitantes a quienes, bajo las condiciones de injusticia y desigualdad económica, política, ambiental y territorial predominantes, objeto de la

especulación inmobiliaria y la complicidad y negligencia gubernamental, se les han cancelado opciones más dignas y apropiadas de vivienda. A lo que se suman la falta de apoyos oficiales y el sabotaje de iniciativas y proyectos de reforestación del mismo, la renuencia a declararle como área natural protegida y el apoyo a nuevos proyectos inmobiliarios que suman más de siete mil casas. El Arroyo del Chicalote, prácticamente ha sido borrado por la urbanización desenfrenada. Aunque, en su ancestral correr del líquido vital y de los tiempos, las aguas siguen reconociendo su cauce en la memoria. Que mejor evidencia de ello, que las inundaciones de la zona de Plaza del Sol durante las lluvias veraniegas. El Arroyo Hondo, ha sido convertido en un canal de aguas residuales y factor de riesgo. La otrora característica vegetación y arbolado de ambos bordes del río, fue talada al paso del entubamiento del mismo, para convertirle, a principios del siglo xx, en el Paseo Porfirio Díaz, luego nombrado Calzada Independencia. Arteria que llega a convertirse en frontera de las dos Guadalajara, en los perfiles desiguales de sus laderas oriental y occidental, heredados desde sus orígenes. El ahora parque Agua Azul, sufrió el desecamiento total del lago y una parte importante de su área boscosa fue cercenada, sobre todo en su lado poniente, para la construcción de edificaciones y avenidas. La Alameda, ahora Parque Morelos, padece de los embates de la modernidad y la gentrificación, con proyectos que atentan en su ser barrial tradicional y popular, y que desplazan a sus habitantes más auténticos y arraigados, como el fracasado intento de desarrollar el proyecto de la Villa Panamericana o el amenazante proyecto en ciernes de la Ciudad Creativa Digital. En tanto, se talan árboles y se reducen áreas verdes con la colocación de planchas de concreto, supuestamente para caminamientos que, literalmente, no llevan a lado alguno. Cabe resaltar que, en este caso del Parque Morelos, se ha destacado la organización vecinal de habitantes

de las colonias aledañas para la defensa del lugar y la conservación del tejido barrial, pese a la compra de predios para la construcción, en un primer momento de edificaciones para la Villa Panamericana (que no se realizó) y, posteriormente, de edificios para la Ciudad Creativa Digital, en pleno y, a la vez, incierto proceso.

Del transitar de los bosques y las flores, al concreto y a las torres

Sin caer en memorias idílicas de ensueño y sin dejar de reconocer contradicciones, injusticias e inequidades de siempre, particularmente en los contrastes entre oriente y poniente de la ciudad, puede decirse que, de lo que fuera Guadalajara, de clima agradable, de trazo fluido, de entorno vivible, de cauces de ríos y arroyos vivos, de la llamada, desde los años sesenta, ciudad de las rosas, caracterizada por áreas verdes, parques, jardines y bosques reconocidos a nivel regional, nacional e, incluso, internacional, vemos ahora que sigue también presente, por sobre el interés en construir ciudad, por, desde y para sus habitantes, el afán de privatizar y edificar, favoreciendo el interés

económico, la acumulación de quienes controlan el capital inmobiliario, bajo una visión de la ciudad neoliberal. Pero esto de manera más intensificada, buscando privatizar espacios públicos, áreas de equipamiento municipal y, en especial para este caso, áreas verdes, parques, jardines y bosques. Esto con el argumento de la modernización de la ciudad y de una supuesta redensificación de la misma. Pero que de fondo implica el realizar cambios de uso del suelo en planes parciales de desarrollo urbano, elaborados a modo para convertir áreas verdes y de equipamiento municipal en áreas comerciales, de servicios y vivienda de alto costo. Ello bajo la lógica de que más vale negociar con “desarrolladores” infractores, que promover políticas, normas, leyes y procesos participativos, que garanticen la sustentabilidad de la urbe y los derechos de vida digna de sus pobladores.



FOTO: Lucy Nieto. flickr.com

Esto también tiene su historia. La apertura de avenidas y las mutilaciones al patrimonio histórico arquitectónico y arbóreo, como es el caso ya mencionado del parque Agua Azul, o del huerto del otrora convento del Carmen, son botones de muestra de una corriente supuestamente modernizadora que se impone sobre lo que se considera como lo viejo y que tiene un fuerte impulso entre los años cuarentas y sesentas del siglo xx (periodo caracterizado por las políticas del llamado desarrollo estabilizador y la sustitución de importaciones), ligada a alianzas entre intereses económicos privados y el poder político, y que sienta las bases de lo que será un crecimiento urbano y una metropolización que paulatinamente integrará diversos municipios (como Guadalajara, Zapopan, Tlaquepaque y Tonalá). Corriente modernizadora caracterizada por el lucro, la falta de planeación y la contradicción que privilegia a la ciudad sobre el campo, al aumento de la mancha urbana sobre tierras de cultivo, al concreto sobre árboles y bosques. Es durante la parte final de este periodo que aparecen la primera plaza comercial, Plaza del Sol, que sienta el precedente de la sustitución de la plaza



pública, jardinada, arbolada, como centro de encuentro y convivencia social, por la plaza privada como centro de mercantilización y fomento al consumismo. Guadalajara, para entonces identificada con el lema de “la ciudad de las rosas”, que bien se daban en su cultivo en el lugar, ya daba muestras de que no todo era tan color de rosa.

Estas tendencias se consolidan en el periodo que abarca entre los años setentas y ochentas. Si bien la ciudad se había caracterizado históricamente por una importante actividad comercial regional del occidente de México, durante este periodo se transita de la industrialización que había sido promovida durante el periodo de sustitución de importaciones, hacia actividades económicas de comercio, servicios y capitales financieros, características de las políticas neoliberales que, más que responder a necesidades y demandas regionales y nacionales, se subordinan a dinámicas de oferta y demanda propias de la liberalización económica de la globalización neoliberal

Esto se traduce en: más plazas comerciales, como el caso de Plaza Patria, que fue construida,

a mediados de los setentas, sobre parte del cauce del río Atemajac, con el derribo de una gran cantidad de arbolado y destrucción del ecosistema propio del lugar; la edificación de torres y centros financieros en las inmediaciones de áreas verdes como el bosque de Los Colomos, el Guadalajara Country Club y el cauce mismo del referido río Atemajac; la apertura de avenidas como la de Federalismo, que atraviesa de los extremos de sur a norte de la ciudad y que implicó la desaparición de las calles de Moro y Escobedo, con el derribo de edificaciones históricas, la desaparición de más de mil árboles, principalmente fresnos y la afectación de corrientes y manantiales subterráneos al haber construido un prolongado túnel subterráneo por donde corría una línea de trolebús y actualmente la línea 1 del tren ligero, lo que también ha implicado la fragmentación de barrios y zonas habitacionales mediante barreras físicas (muros y alambrados prolongados) en los tramos superficiales de su trayecto; la proliferación, en muchos casos en condiciones irregulares, de fraccionamientos exclusivos y, en contraste, de complejos



de edificios habitacionales multifamiliares, bajo criterios de lucro económico de desarrolladores inmobiliarios, con créditos cada vez más impagables y con departamentos de dimensiones cada vez más reducidas, de condiciones cada vez más indignas de habitabilidad y, obviamente, con escaso, si no es que ausente, arbolado y áreas verdes comunes; con todo el desvanecimiento paulatino de planeación urbana con la consiguiente pérdida del trazo urbano y de espacios públicos. Dentro de estas implicaciones, destaca la edificación entre finales de la década de los setentas e inicios de los ochentas, de la Plaza Tapatía o Plaza Metropolitana, en el centro de Guadalajara, que abarcando desde la parte trasera del Teatro Degollado hasta el frente del Instituto Cabañas, se convirtió en el primer caso de despojo y desplazamiento de habitantes de vivienda popular, comercios y talleres tradicionales en la historia reciente de la ciudad.

Esta tendencia continúa en el periodo comprendido entre los años ochentas y noventas. Las políticas neoliberales en pleno, consolidan la fisonomía y las dinámicas de la ciudad, o mejor

dicho, de la metrópoli neoliberal. La inercia del crecimiento desmedido y no planeado de la mancha urbana y la pérdida y despojo de tierras de cultivo, de arbolado urbano y de zonas boscosas, se convierte en una corriente dominante, correspondiente con la desaparición de lo que anteriormente se concebía como planeación para el desarrollo regional y nacional, dejando las cosas a la mano oculta de las leyes del mercado, según la racionalidad heredada del liberalismo económico, pero traducida en su versión más cruda y devastadora que genera impactos socioambientales cada vez más fuertes. Todo ello maquillado con el discurso del liberalismo social y programas de diversas políticas públicas en torno a un programa nacional de solidaridad, entre los que se incluía el programa de solidaridad forestal, que tuvo al estado de Jalisco y a la región centro de este, como una experiencia piloto del mismo. Experiencia que implicó una inversión de miles de millones de pesos, el manejo de decenas de millones de árboles y un fracaso de dimensiones descomunales, correspondientes a esas cifras. 🌱

Fin de la primera parte. >>

